

NOMBRAR EL TIEMPO: UNA INSPECCIÓN¹

Pablo Fuentes O.

Pontificia Universidad Católica de Chile

Resumen

En el siguiente artículo, el autor se propone desplegar una inspección cuidada de un conjunto ordenado de proposiciones, según los criterios y clasificaciones con que Aristóteles asume el tema en *Peri Hermeneia*. El interés recae sobre aquel tipo de proposiciones en las que el nombre (*onoma*) cosignifica tiempo, y que parece no estar contemplado en la clasificación general que Aristóteles propone al comienzo de la obra.

Abstract

(In the following paper, the author intends to review an organized group of propositions, based on the criteria and classifications that Aristotle used in Peri Hermeneias. The interest is centered upon the wide range of propositions in which name (onoma) additionally signifies time, something that seems overlooked in Aristotle's general classification at the beginning of the book.)

En el siguiente escrito, nos proponemos hacer una inspección evaluativa de un conjunto ordenado de proposiciones, según los criterios y clasificaciones con que Aristóteles asume el tema de la proposición en *Peri Hermeneias*. Tal conjunto reúne los casos distintivos en que la cuestión del tiempo, bajo sus distintas figuras, parece cobrar un protagonismo algo desapercibido en la clasificación general que hace Aristóteles en los primeros capítulos de dicha obra. Específicamente, nos interesa todo aquel tipo de proposiciones en que el nombre tenga

¹ Este artículo tuvo su origen en el seminario de Filosofía Clásica del programa de Doctorado de la Universidad Católica de Chile, impartido durante el primer semestre del 2002, y cuyo tutor fue el profesor Manuel Correia M., a quien agradezco la constante atención y soporte en la elaboración de este escrito.

o cosignifique algún valor temporal. Estos casos ponen en escena una fisura en la clasificación general de Aristóteles, pues, según esta, la cosignificación temporal se adjudica específicamente al verbo, mientras el nombre es sin tiempo (*áneu chrónou*). Nombrar el tiempo, pues, alude no tanto a señalar el tiempo de una manera denotativa, sino al gesto particular de *sustantivarlo*. Es esta sustantivación la que será evaluada a lo largo de este escrito, y la que permitirá, dentro de un marco interno de debate, abrir preguntas y conjeturas a la teoría aristotélica de la proposición. Un resultado general de esta inspección será la constatación de que alguno de los problemas lógicos –con claros alcances éticos y metafísicos– que Aristóteles plantea en esta y otras obras, no son más que instancias efectivas de esta sustantivación.

*

Según el capítulo segundo de *PeriH*, nombre es un sonido articulado, significativo por convención, sin indicar tiempo, y ninguna de cuyas partes es significativa por separado. El capítulo tercero, a su vez, define al verbo como lo que cosignifica tiempo, y ninguna de cuyas partes tiene significado separadamente. Finalmente, enunciado es definido en el capítulo cuarto como un sonido significativo (más adelante se especifica que por convención), cuyas partes son significativas por separado como frase, mas no como afirmación. Así pues, tenemos un total de siete atributos para verbos, nombres y enunciados, algunos de los cuales son comunes para los tres rangos, y otros mutuamente excluyentes. Para mayor claridad, obsérvese el siguiente esquema:

Nombres: (i) sonido significativo por convención
 (ii) no indica tiempo
 (iii) partes no significantes

Verbo: (i) cosignifica tiempo
 (ii) partes no significantes

Enunciado: (i) sonido significativo por convención
 (ii) partes significantes como frase

Nótese que el primer atributo de los nombres es asignable tanto a los verbos como a los enunciados. El que Aristóteles haya omitido textualmente esta propiedad en la definición de verbo y la haya referido solo en la de enunciado se debe con seguridad a razones pedagógicas de economía. El atributo (ii) de los nombres es, en

cambio, un rasgo distintivo entre estos y los verbos, excluyéndose (ii) y (i) correspondientemente. Finalmente, el tercer atributo de los nombres es común a los verbos pero distintivo de los enunciados. Habría que añadir a este esbozo, que la cosignificación temporal de los verbos estaría también presente, por ser estos partes constituyentes, en los enunciados.

Con todo, el balance de estas propiedades comunes y excluyentes parece ser claro: el rasgo distintivo de mayor relevancia es el del tiempo. Que el nombre no indique tiempo, y sí lo haga, mediante la cosignificación, el verbo, es algo muy fácil de ver en nuestra comprensión de una lengua: en “la fiesta estuvo espléndida”, en efecto, el nombre “fiesta” no indica tiempo alguno, como sí lo indica claramente “estuvo espléndida”, que refiere a un pasado. Esta cuestión es a primera vista tan evidente que no ofrece mayores reparos. La ontología temprana de Aristóteles, respaldada especialmente por *Categorías*, toma este tipo de asignaciones como bastión y soporte. De este modo, el nombre –o más bien lo que con él designamos– parece tener correlativamente el *status* de sustancia (aquello que no se predica de otra cosa), y el verbo, por su parte, cubrir el amplio rango de los *predicamenta* y *postpredicamenta*, y entre ellos también, adicionalmente, el del tiempo.

Sin embargo, podemos advertir que, aun dentro de los márgenes de este esquema, se suscita una variante: y es que el tiempo puede, de hecho, cobrar presencia cosignificativa no solo en su estatuto accidental de predicado, sino también en su estrecha vinculación con el nombre². El problema sobre el cual queremos llamar la atención puede, respetando el marco interno de referencia que asigna *Categorías*, ser llamado “sustantivación del tiempo”, es decir, hacer del tiempo un nombre en la proposición. El caso en cuestión no es del todo ajeno a nuestro uso, y comúnmente no ofrece mayores dilemas ni reparos. Habitualmente nos encontramos con tales tipos de propo-

² Es importante señalar que el verbo ocupado por Aristóteles es *prosemainein*. La función de la partícula *pro* no es del todo clara, y los intérpretes no han podido sacar mucho en limpio respecto a su uso. Sin embargo, ya en la tradición latina hubo consenso en otorgar a esta formulación la traducción “adsignificare”, y refiriendo también a la cuestión de la *cosignificatio*, siendo la traducción española “cosignificar” un fiel reflejo de esta. La traducción inglesa de Ackrill ha preferido “additionally signifies time”, mientras que la francesa de Tricot ha optado por “ce qui ajoute a sa prope signification celle du temps”. Me parece que estas opciones son adecuadas en la medida en que destacan la cuestión esencial del texto aristotélico: y es que *además* de ser “signo de lo que se dice de otro” el verbo (co)significa tiempo. Según esto, lo que el verbo significa primordialmente es aquello que predica del nombre, y solo secundaria o adicionalmente (cosignifica) tiempo. Es este matiz el que rescatamos y conservamos al señalar nombres que, al igual que los verbos, cosignifiquen tiempo: nombres que además de significar algo, cosignifican tiempo.

siciones, y si Aristóteles, al dar cuenta de la estructura general de la proposición correlativamente a su tabla de *Categorías*, omitió esta variante, se debe probablemente por un interés suyo en dar cuenta de la estructura global del lenguaje, dejando de lado sus excepciones y pormenores. No es nuestro interés cuestionar aquí esta estructura general de *Categorías* en relación con el tratamiento de la proposición. Para ello es necesario una revisión mucho más amplia y profunda de la que pretendemos en este escrito. Lo que sí nos interesa dejar consignado, antes de dar inicio a nuestra inspección, es que la citada sentencia “*áneu chrónou*” (16 a 20) se contrapone efectivamente al hecho de que tanto en nuestro lenguaje ordinario como lógico, utilizamos con frecuencia nombres o sujetos que tienen, de modo análogo a los predicados, una carga semántica temporal: nombres que o bien pueden significar directamente el tiempo, o cosignificarlo. Sin ignorar el hecho de que Aristóteles, muy probablemente, quiso desplegar estas distinciones por generalidad, haciendo caso omiso de estas variantes, no podemos dejar pasar por alto el hecho de que muchos de los problemas que se suscitan al interior de su pensamiento lógico y ontológico, pasan justamente por los matices no reconocidos de su propio esquema. Hasta qué punto Aristóteles estaba consciente de este alcance es algo muy difícil de evaluar. Lo que sí nos alienta a reflexión es señalar aquellos intersticios de su pensamiento, donde efectivamente se producen estas fisuras *internas*. Llamamos la atención sobre esta última palabra, puesto que lo que pretendemos desarrollar aquí es una inspección programada de estos casos, apelando siempre a la pregunta de cómo Aristóteles enfrenta o hubiese enfrentado estos dilemas. Mantener la reflexión dentro de este margen interno de debate dará más claridad sobre los alcances mismos del problema.

En estricto rigor, pretendemos hacer una cuidada revisión de todas aquellas proposiciones en que el nombre cosignifique tiempo, en forma coordinada o no coordinada con el verbo. Entiendo por coordinada la proposición en que el tiempo que indica el nombre sea del mismo orden del que indica el verbo, p. ej. “Ayer fue un día bonito”, donde ambas cosignificaciones son pretéritas. Respecto a las proposiciones no coordinadas es más complejo. Gran parte de nuestra evaluación debatirá en qué medida estas instancias predicativas son posibles. Mención aparte merece el tipo de proposiciones cuyos nombres no meramente indican o cosignifican un modo o figura del tiempo, *sino el tiempo mismo*, o al menos, alguna de sus partes. A partir de estos tres grupos, y según las tres formas temporales (pasado, presente, futuro) se despliegan nueve subgrupos, cada uno de los

cuales puede presentar variantes según sus modos temporales coordinados o excluyentes. Sirva de referente el siguiente esquema:

1. Propositiones cuyos nombres cosignifican tiempo coordinadamente con el verbo.
 - a. Pasado-Pasado: Ayer fue un día bonito
 - b. Presente-Presente: Hoy es un día bonito
 - c. Futuro-Futuro: Mañana será un día bonito

2. Propositiones cuyos nombres cosignifican tiempo no coordinadamente con el verbo.
 - a. Pasado-Presente: Ayer es un día bonito
Pasado-Futuro: Ayer será un día bonito
 - b. Presente-Pasado: Hoy fue un día bonito
Presente-Futuro: Hoy será un día bonito
 - c. Futuro-Pasado: Mañana fue un día bonito
Futuro-Presente: Mañana es un día bonito

3. Propositiones cuyos nombres significan directamente el tiempo o algunas de sus partes. Se pondrá atención a frases como “el tiempo es...”, “el pasado es...”, “el ahora es...”, “el futuro es...”.

Por razones de economía, nuestra inspección se concentrará en el primer y segundo conjuntos señalados. La razón para omitir 3 es que el rango de problemas que abre ese tipo de proposiciones hace necesaria una inspección mucho más detenida y profunda, que instaría a evaluar algunas tesis esenciales del pensamiento aristotélico, y que por su amplio alcance se hace algo disímil al tipo de reflexión que pretendemos desarrollar aquí.

Una última cuestión antes de dar inicio a nuestra revisión. Ante la posible objeción de que *ayer*, *hoy* y *mañana* no son, sentido estricto, nombres, sino adverbios, podemos argüir que la proposición “ayer fue un día bonito” bien pudo haber sido formulada con la proposición “el día de ayer fue bonito”, y que la omisión se debe a un asunto de economía y simplicidad. De este modo, la equivalencia entre nombres y adverbios que asumiremos en el presente escrito se puede resumir del siguiente modo:

Los adverbios	“ayer” (a)		“el día de ayer” (a1)
	“hoy” (b)	son equivalentes a	“el día de hoy” (b1)
	“mañana” (c)		“el día de mañana” (c1).

Debe observarse, sin embargo, que en este paso de (a), (b), (c) a (a1), (b1), (c1) se produce algo que bien podríamos denominar “sustantivación adverbial”, o más simplemente, hacer de un adverbio un nombre. Llamo la atención sobre este punto, puesto que abre la pregunta por las funciones gramaticales de ciertos términos temporales. Notable es el hecho, por ejemplo, de la palabra –muy familiar a estas– “ahora”. Según veremos en su debido momento, esta palabra se califica dentro del grupo de palabras “índices” o “deícticas”, siendo una peculiaridad suya el hecho de que no puede tener una referencia fallida: cada vez que la nombremos se estará indicando el momento preciso en que esa proposición se lleva a cabo. Esto la diferencia de los nombres comunes que corren el riesgo de no tener una referencia clara y distinta, o de aquellas otras que no poseen importe existencial. Tómese, por ejemplo, el caso de “hircociervo”, al que el propio Aristóteles alude en 16 a 16, o cualquier nombre de personas que ya no viven, como Homero (caso al cual Aristóteles alude fugazmente en 21 a 26). Asimismo, palabras tan comunes como “árbol”, “perro”, “mujer”, las cuales pueden referir erróneamente cada vez que yo las enuncie confundiendo un poste con un árbol, un gato con un perro, un hombre con una mujer. El caso interesante es que “ahora” no ostenta ese riesgo: el solo hecho de enunciarla da un efectivo referente. Más aún, se abre la pregunta de si (a), (b) y (c) cumplen con este mismo carácter, y si efectivamente (a1), (b1) y (c1) también lo tienen, y si acaso (b) y (b1) más que (a), (a1), (c) y (c1) por cosignificar un presente, y (a) y (a1) más que (c) y (c1) por cosignificar un tiempo pasado (puesto que puede que mañana no ocurra, al menos para mí, que hago la proposición).

Pero comencemos ya nuestra inspección.

*

1. Analicemos, pues, el primer grupo de proposiciones, aquellas en las que el nombre puede cosignificar tiempo en forma coordinada con el verbo, es decir, de manera tal que el tiempo que se cosignifica en el nombre tenga el mismo modo que el que cosignifica el verbo. Tenemos, pues, tres subgrupos, según las tres formas: pasado (1a), presente (1b) y futuro (1c).

1a. Tomemos el caso ejemplar del nombre *ayer*. Efectivamente, se pueden predicar de él muchas cosas, y cumple con la significación de pasado que buscamos para este caso. De este modo, en la proposición

Ayer fue un día bonito (p1)

cumplimos ejemplarmente con los requisitos: el nombre cosignifica un tiempo pasado concordante con el verbo *fue*. Llama la atención que este tipo de proposición se adecua con toda fidelidad al valor bivalente con que Aristóteles respalda su lógica: toda proposición es o verdadera o falsa, y no puede ser verdadera y falsa a la vez. Parece ser, además, que los enunciados coordinados en modo pretérito cumplen cabalmente, y con mayor exactitud que los coordinados en presente y futuro, con esta exigencia. Esto por la sencilla razón de que, para un realista, el valor veritativo de la verdad siempre va respaldado por la referencia inmediata a los hechos. Por lo tanto, si hacemos una afirmación sobre un hecho ya consignado será mucho más asequible determinar su valor veritativo que una afirmación sobre el futuro: el valor veritativo de “Ayer fue un día bonito” es mucho más determinable que “Mañana será un día bonito”. El caso del presente, si bien ofrece ventaja sobre el futuro, no lo hace respecto al pasado: “Hoy es un día bonito” parece ser menos determinable que “Ayer fue un día bonito”, y esto por la sencilla razón de que el caso singular que significa el nombre presente “hoy” está todavía expuesto a la contingencia y el cambio. De alguna manera el compromiso veritativo de “Hoy es un día bonito” está expuesto hasta la totalidad del día, una totalidad aún no consumada en el momento de la proposición.

Estas distinciones no están del todo ausentes en los mismos escritos lógicos de Aristóteles. En efecto, tendremos ocasión de revisar más adelante el tratamiento que otorga el Estagirita a los futuros contingentes. Por el momento, y ateniéndonos a nuestro caso 1a, llamamos la atención sobre cierta garantía veritativa que ostentan las predicaciones coordinadas en modo pretérito, por sobre aquellas en modo futuro y presente. El alcance de esta cuestión tiene una interesante implicancia en los casos en que el nombre ostenta una significación pretérita, *refiriendo a personas o nombres propios*. Entran en este rango el tipo de proposiciones sobre el carácter (*ethos*), teniendo nuestro caso un interesante correlato en los tratados éticos del *corpus*. Tómese, por ejemplo, el caso de Príamo que Aristóteles refiere en el libro I de la *Ética Nicomáquea* (1110 a 3ss). El pasaje apela a la vicisitud de la vida y la idea de que de la felicidad no podemos estar seguros sino hasta el fin de nuestros días, puesto que el porvenir nos es incierto e imprevisible, tal como lo fue para Príamo, quien, habiendo llevado una vida virtuosa y dichosa, terminó miserablemente sus días debido a los avatares de la fortuna. Aristóteles examina la cuestión con cuidado, sopesando la idea trágica heredada de Solón, según la cual debemos llegar al fin de nuestros días para considerarnos felices. Con cierta flexibilidad, podemos afirmar que lo que en

rigor se debate en estos pasajes éticos es el valor veritativo de dos tipos de afirmaciones: “Príamo es feliz” y “Príamo fue feliz”. La primera es afirmada al momento en que Príamo aún vive (una frase coordinada en modo presente), la segunda, una vez acaecida su muerte (coordinada en modo pretérito). La idea trágica que Aristóteles evalúa en estos pasajes es que la segunda proposición tiene mucho más respaldo veritativo que la primera. Pierre Aubenque, en *El problema del ser en Aristóteles*, hace una interesantísima reflexión en torno a estos pasajes, desbordando ampliamente el tema de la felicidad. En un capítulo titulado “La escisión esencial”, el autor francés se refiere a los pasajes en torno a la fortuna con el fiel propósito de exponer una problemática de fuerte corte ontológico, y que tiene que ver, principalmente, con los modos de predicación que el lenguaje posibilita ante el orden de las esencias. Específicamente, lo que Aubenque pone en discusión en aquellas páginas es el análisis de la formulación *tò tí ên ênai*, frente a esa otra, más común y general, del *tí estì*. Aubenque hace ver que la última de estas expresiones es más genérica y universal que la primera, en cuanto que *tò tí ên ênai* (o *quididad*, como se le traduce) refiere tanto a la esencia de una *ousía*, como a sus atributos más primordiales. Estos atributos inherentes escaparían a la interrogación sustantiva del *tí estì*, y solo se especifican en aquella otra formulación. La interesantísima argumentación de Aubenque tiene como finalidad el justificar la lectura del *ên* en la rúbrica *tò tí ên ênai*, como un imperfecto –algo que daría a toda esa interrogación una reforzada lógica retrospectiva, que sería la lógica propia de la predicación: la esencia no es tanto una posibilidad futura o presente, sino una realidad que solo se devela en pasado. En este sentido, el tiempo del lenguaje es propiamente el imperfecto, lo que llevaría a Aubenque a afirmar que en Aristóteles estaría aun muy presente esa ancestral idea griega de no poder atribuir predicados particulares a aquellos entes expuestos a la contingencia del cambio y el movimiento: “La consecuencia radical de este pensamiento de la contingencia es que nada puede decirse de un ser, salvo por accidente, en tanto que está en movimiento. En rigor, no puede atribuirse predicado alguno a un ser vivo –fuera de su esencia genérica de ser vivo– en tanto que vive, pues la imprevisibilidad de la vida puede siempre poner en cuestión lo que de él digamos” (1962, 446).

1b. Siguiendo la pauta del caso anterior, tomemos como base nominativa ejemplar para el presente la palabra *hoy*, y atribuyámosle coordinadamente un verbo presente:

Hoy es un día bonito (p1)